Nº 554
2
Diciembre
2021
Jueves

El caso Rufián

Emilio Álvarez Frías

No conozco a Rufián. No siento ninguna preocupación por no haber topado en mi vida con él. Ni siento aprecio alguno por el partido que defiende ERC, sino todo lo contrario. Es más, tengo la esperanza de que esto de España se solucione para ver desaparecer a todos estos partidos separatistas que no sienten amor alguno por la Patria común, sino que sueñan con hacerse independientes para vivir su vida, lo que les llevaría al desastre total dado los intereses particulares y personales que manejan cada uno de sus defensores.

Pero a pesar de solo conocerlo por la televisión, he de conceder que acumula unas particularidades, canijas, que están influyendo notablemente sobre el cuerpo social de toda la nación.

No se puede decir que sea un brillante orador; incluso podría asegurarse que no es un mediano orador; es más llegaría a decir que no es en absoluto un orador. Si recordamos sus tiempos anteriores a su periodo actual que habla de tú a tú con el presidente del Gobierno, tenemos que verlo como a un parvulillo que se levantaba en su escaño a soltar unas palabras en la mayoría de las ocasiones incongruentes, pero que dejaba colgando para que las interpretaran los listos del hemiciclo.

Con el tiempo y la subida de categoría dentro de su partido político, las intervenciones son más frecuentes, la prensa lo persigue, le reciben con parabienes en todos los despachos notorios, y se ha convertido en una figura que todos escuchas esperando qué es lo que va a decir.

Y no pronuncia grandes alocuciones. Unas breves palabras, dichas despacio y como si le costara trabajo pronunciarlas. Como cuando se levantaba en su escaño. Pero en este momento con profunda intención. Cuando le persiguen

para que se sume a una propuesta del Gobierno, simplemente se limita a decir «esto o si no no os ayudamos». Y con esa limitación de vocabulario va consiguiendo más que otros que sueltan profundos y grandes parlamentos. Incluso hoy por la mañana vota a favor de la propuesta gubernamental, pero por la tarde y por la tarde dice que no mantendrá su voto si no le dan la cosa como él la quiere, no de la forma que el Gobierno intente cumplir sin dar todo lo que él pide en nombre de su partido.

Es decir, que Rufián aparentemente es un tipo anodino pero que borda el chantaje. No necesita pronunciar grandes discursos, no precisa soltar más de media docena de palabras en las que se contiene el objeto del chantaje y la amenaza que lo acompaña. Y Pedro Sánchez, el de los grandes discursos, el de las homilías por televisión, el que culpa a los que no piensan como él que no son gente de estado, el de los «sí es sí» y «no es no», de deja apachurrar por un individuo que le saca del bolsillo lo que quiere con el fin darle a cambio unos días más de disfrutar del asiento de La Moncloa y todos las beneficios, prerrogativas, y posibilidades que aporta el sillón.

Y el caso es que Rufián no es el único chantajista que ronda por la piel de toro. Los hay que cambian a Pedro Sánchez el mendrugo que éste necesita por unos asesinos, o por una asignación injusta de los presupuestos para gastar en acciones contra España cuando en otros lugares hace falta ese dinero para dar de comer a los necesitados, o por unas ambiciones que su concesión, incluso entran dentro de la prevaricación.

Siguiendo nuestro propósito, hoy traemos un botijo convertido en Belén navideño, procedente de la firma Alborox, de Granada. Es una pieza modesta, con figuras sencillas, pero que nos sirve para cantar un villancico igual o mejor que si fueran napolitanas.

* * *

El PSOE pierde su identidad convertido en una pieza más del mecano Frankenstein

Antonio Martín Beaumont *(ESdiario)*

El sanchismo se rinde a una amalgama de siglas políticas radicales consciente de ser la única opción para que Sánchez siga mandando.

La resistencia de Pedro Sánchez le sale muy cara a España. Vean, si no, el pago que ha hecho para coser los 188 diputados que acaban de sellar los Presupuestos. Frankenstein es un mecano de piezas, y cada una de ellas viene con su lubricante favorito marcado desde fábrica.

Netflix en catalán o mirar para otro lado con el español en las aulas de Cataluña para ERC, presos de ETA para Bildu, la gestión del ingreso mínimo vital y la televisión vasca en Navarra para PNV...

Un suma y sigue que, visto de cerca, muestra un Patio de Monipodio en el que los más desleales siempre salen del mercado con el mejor botín debajo del

brazo. ¡Si hasta querían trocear la centenaria y exitosa denominación de origen de Rioja! Irrita. Irrita demasiado.

La sensación, perniciosa, es la de estar sometidos a esta vorágine política por culpa de un presidente débil que busca mantenerse en La Moncloa hasta 2023 como sea. Incluso a costa de hacer dejaciones imposibles para un país que se respete a sí mismo. ¿Qué nación admitiría que en una parte de su territorio los niños no puedan estudiar en su idioma oficial? Pues bien, algunos pierden hasta el sentido común cuando sirve para estirar la cuerda del poder.

Fijémonos en esa reforma de la Ley de Seguridad Ciudadana, carnaza para los socios de Sánchez, que este pasado fin de semana ha empujado a todas las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado (Policías Nacionales, Guardias Civiles, Mossos d'Esquadra, Ertzaintza, Policía Foral de Navarra, Policías Locales, Policía Canaria), insisto, todas, a movilizarse contra el Gobierno.

No parece un asunto menor. Desde luego no debería pasar desapercibido que los ministros, en lugar de ocuparse del tema seriamente, hayan estado toda la semana arremetiendo contra la oposición por apoyar las reivindicaciones de los servidores del orden. Seguramente esa estrategia sea la de una fuerza política radical y antisistema como Podemos, que siempre persigue a quienes representan la seguridad del Estado. Pero es llamativo ver al PSOE siguiendo la estela de la izquierda bukanera en un asunto así.

La imagen de miles y miles de los que garantizan la seguridad en primera línea protestando en las calles achicharra a cualquier Gobierno. La seguridad es un ámbito de muy especial sensibilidad para el ciudadano. No es una frase manida decir que no hay libertad sin seguridad. Es así.

Y, además, cómo olvidarse de la deuda que este país tiene con nuestros policías y guardias civiles. Una deuda de gratitud y, también, salarial. Por desgracia, se les manda a la calle a jugarse la vida contra quienes desean imponer la barbarie siniestra y luego, cuando el problema desaparece, cuando el incendio del conflicto se apaga, si te he visto no me acuerdo.

Ver a dirigentes del PSOE deslegitimando la protesta tachándola de «ultraderechista» es el colmo del cinismo. Y una nueva prueba de cómo un partido que (por historia y hasta por interés) debería ser un pilar del constituciona-

lismo pierde pie a base de travestir su identidad con los postulados ideológicos de una amalgama de siglas que permiten a Sánchez seguir legalmente mandando. Así le va al socialismo: cada día que pasa la gente distingue peor lo que es.

Es incomprensible un Gobierno que hace seguidismo de las facciones ideológicas más ultras de la izquierda, dedicado a linchar por la puerta de atrás a la policía. Se mire como se mire, no tiene sentido en este caso seguir la estúpida lección que le marca su aliado morado.

Ya se vio a las claras en el reciente conflicto del metal en Cádiz, donde La Moncloa ordenó, bajo presión de su ala de Podemos, desde Yolanda Díaz a las «hermanas» Ione Belarra e Irene Montero, retirar de la circulación una tanqueta, un vehículo ordinario destinado simplemente a la retirada de barricadas para garantizar la libre circulación de los vecinos por las calles.

* * *

Pucherazo de película

Mayte Alcaraz *(El Debate)*

La pregunta es por qué no hay cineastas ni ideas ni películas españolas que no nos salpiquen de bilis cuando tomamos palomitas frente a la pantalla

Que dice la Academia de Cine, ese sanedrín pijoprogre que vive de nuestros impuestos y hace películas fundamentalmente contra la mitad de los españoles, que la mejor representación de nuestro séptimo arte en los Goya son tres cintas cuya temática, agárrense, va del blanqueamiento de ETA (Maixabel) a la memoria histórica (Madres paralelas), pasando por el dibujo sectario del empresario español, un espécimen vicioso, explotador y facha (obra irónicamente titulada *El buen patrón*). Se lo resumo a ustedes: el principal problema de España, según nuestros alcahuetes del cine, es la falta de generosidad de los españoles con los angelicales etarras porque somos esclavos de la cultura franquista que también domina a nuestro empresariado, una recua de esclavistas, poco comprometidos con la solidaridad social y mucho con los clubes nocturnos.

Es la caricatura de la España actual donde, a juicio de Icíar Bollaín (sin duda la mejor de los directores nominados), de Almodóvar y de León de Aranoa no hay pobreza energética, ni paro ni falta de libertades ni una pandemia recurrente y peligrosa. Problemas menores, porque todas esas bagatelas las está gestionando la izquierda, y cuando la izquierda manda, los estómagos gourmet de nuestro cine están tan agradecidos que poco les importa que otros, los de los obreros a los que tanto nombran en vano, rujan de hambre.

Tenía a León de Aranoa como un director de cine más sólido que cualquiera de los que integran el coro de palmeros de la izquierda política. Todo hasta que oí a Pablo Iglesias derretirse por el publirreportaje, léase documental, que le hizo Aranoa titulándolo *Política manual de instrucciones*. Recuerdo a Iglesias (el muñidor del PSOE, no el fundador) babeando en un café después de una entrevista televisiva, al proclamar que se sentía como Kennedy, perseguido por las cámaras de León. Y lo peor estaba por venir: días después el cineasta dijo para promocionar su engendro que «Podemos aporta creatividad a la política» (quizá quiso decir coactividad pero le faltó realismo en esa comedia). No aclaró si con la financiación «revolucionaria» de Irán y Venezuela, con el robo de los móviles de las amigas o con el desvío de dinero público para fundaciones fantasma. Fue entonces cuando supe que si alguna vez León de Aranoa había tenido talento, el sumidero de la servidumbre política se lo había centrifugado. Ahora la Academia lo encarama a los Goya con un panfleto cinematográfico sobre la maldad intrínseca de los empresarios, como si él o el protagonista, el sectario aunque buen actor Javier Bardem, no fueran infinitamente más acaudalados y poderosos que la mayoría de las pymes y autónomos, de los que estos progres de pacotilla nunca se acuerdan.

Una de las situaciones más descacharrantes de estos tiempos es oír a Almodóvar invocar los derechos sociales de la gente, mientras gestiona su multimillonaria billetera y nos mira por encima del hombro a los que no le compramos su hipócrita mercancía. A mí sigue sorprendiéndome que enarbole la bandera de la ruptura con la Constitución ejerciendo de penene de esta izquierda al abuso. A la vejez viruelas: construyó su carrera acogido a la Movida, que no fue otra cosa que un movimiento contracultural de los hijos de las élites madrileñas, al calor de la Transición, en el que ninguno de sus activistas sobresalió por un discurso social y comprometido, ni por ser la voz de los perdedores de los barrios obreros, sino más bien por reclamar más alcohol, más drogas y… a colocarse, que no es precisamente el catecismo del proletario padre de familia que se levanta a las seis para ir al curro.

Pero nuestro director manchego ha decidido en los últimos años, al ritmo que engordaba su fortuna (donde nunca brilla el sol) hacerse defensor de los desheredados, un puerto refugio seguro desde el que además se permite ofender a más de la mitad de los españoles, a los que luego interpela para que vean sus películas. En su peli *Madres paralelas*, Pedro vuelve con su obsesión por la memoria histórica, un argumento comodín que sirve cuando el talento está en declive y la credibilidad por los suelos.

Finalmente, al pobre Goya le tocará escoger entre Almodóvar, Aranoa e Icíar Bollaín, cuyo trabajo (que ha pulverizado todas las marcas de asistencia a las salas, lo cual dice lo suficiente sobre el buenismo imperante) nos propone un trágala muy de moda: pobres chicos etarras que tienen conmiseración por sus víctimas, algunas de las cuales son tan malas que no se lo aceptan. Lo de Maixabel es solo el nodo, la propagandística introducción del largometraje fetén,

que desde hace meses se rueda en la Moncloa, coproducido por Pedro Sánchez y Arnaldo Otegi. Bajo el título de ETA os mató, ¿y qué?

Hala, Academia del Cine español, a seguir cerrando los ojos a la espera de que vengan tiempos buenos en los que escupir a la derecha y a la mitad de los españoles os reporte una excusa para seguir premiando a veces buenas, seguro sectarias, películas como las de los Goya de este año. La pregunta es por qué no hay cineastas ni ideas ni películas españolas que no nos salpiquen de bilis cuando tomamos palomitas frente a la pantalla.

* * *

Memoria histórica, la venganza del Frente Popular

José Javier Esparza *(Leer por leer)*

El último empujón hacia el dominio totalitario de la izquierda consiste en demonizar el franquismo y todas sus consecuencias.

Allá por 1974, cuando el régimen de Franco se iba desvaneciendo por la progresiva extinción física de su titular, la líder comunista Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», leal marioneta de Moscú, dijo unas palabras que iban a ser premonitorias: «Hemos esperado durante treinta y nueve años, y esperaremos algún año más, pero después nuestra venganza durará cuarenta veces treinta y nueve años. Se lo prometo». Hubo que esperar, en efecto, casi otros treinta y nueve años, pero la ley autodenominada de «memoria histórica» de Zapatero, primero, y los posteriores desarrollos promovidos por la izquierda y el separatismo después, con la necia connivencia del Partido Popular, han hecho realidad el augurio de la vieja esfinge estalinista. Hoy estamos viviendo la venganza del Frente Popular. Porque no otra cosa significa la ley de «memoria democrática» que la izquierda y los separatistas pretenden imponer. Y por cierto que el objetivo no se limita a reescribir el pasado, sino que aspira incluso a implantar un régimen de nuevo (o, más bien, viejo) cuño en España, o en lo que quede de ella.

Jesús Laínz ha recuperado aquellas palabras de La Pasionaria, proferidas cual maldición gitana, para introducir su último libro: *La gran venganza, de la memoria histórica al derribo de la monarquía*. Laínz es uno de esos intelectuales que desde hace quince años vienen dando forma a la disidencia del pensamiento oficial. Sus trabajos sobre el separatismo son absolutamente imprescindibles por su rigor y su despliegue documental (y, además, escritos con impecable estilo), y seguramente el lector recordará el último de gran impacto, *El privilegio catalán*, donde explicó con todo detalle cómo Cataluña ha sido sistemática y deliberadamente privilegiada por los sucesivos gobiernos españoles desde principios del siglo XVIII hasta nuestros

días, en un alarde de documentación que reduce a polvo el socorrido eslogan de «España nos roba».

Este nuevo libro, *La gran venganza*, mantiene el estilo propio del autor, es decir, una montaña de datos expuesta con amenidad y genio bien vivo, y apunta a la pretensión izquierdista de fundar la legitimidad de la democracia española en la experiencia de la II República. El balance de Laínz es inequívoco: como experiencia democrática, la II República fue un episodio lamentable, un fracaso sin paliativos, y ello no por conspiraciones de la derecha, sino muy fundamentalmente por las aspiraciones revolucionarias de la izquierda. Por consiguiente, toda la retórica socialista, comunista y separatista acerca de la II República y el Frente Popular es una gigantesca mentira. Una mentira, sin embargo, que es imprescindible asentar para llevar a cabo el gran proyecto: derribar a la monarquía nacida de la transición (es decir, del franquismo) y volver al vetusto proyecto republicano.

¿Qué va a encontrar el lector en *La gran venganza*? Todo: una crítica del proyecto izquierdista de resucitar rencores por todas partes, una ajustada demostración de la realidad (atroz) de la II República, un amplísimo abanico de testimonios de republicanos que terminaron volviéndose contra el Frente Popular y, por supuesto, un agudo análisis de la pretensión última, que es la demolición de la monarquía en España. A lo largo de estas páginas saltan Unamuno y Largo Caballero, Orwell y Ada Colau, Francisco Franco y Azaña, y la impresión que queda en el ánimo del lector es la de una enorme perplejidad por el tamaño inmenso, inabarcable, de la gran mentira que hoy, ley mediante, trata de imponerse en España contra la verdad de lo que realmente fue nuestra historia.

Un libro imprescindible, como todos los de Jesús Laínz.

* * *

Batalla cultural

Juan Manuel de Prada *(ABC)*

Con machaconería de disco rayado se apela desde la derecha a la necesidad de librar contra el progresismo rampante una «batalla cultural», expresión con la que se pretende pintar una suerte de choque de trenes en el que dos cosmovisiones radicalmente opuestas se disputan la hegemonía cultural. Sin embargo, para librar una batalla de estas características, se tiene que combatir con unos principios opuestos que propongan una alternativa radical (no por extremista, sino por adentrarse hasta la raíz de las cuestiones en liza). Cuando no ocurre así, inevitablemente la batalla está perdida.

A estas grotescas «batallas culturales» la derecha siempre acude pertrechada con el concepto de libertad propio del liberalismo, con la munición de derechos individuales propia del liberalismo, con la visión antropológica propia del liberalismo, etcétera. Y entonces el progresismo rampante no tiene sino que utilizar tales principios en su beneficio, adoptándolos como propios, adaptándolos a sus intereses y desarrollándolos hasta extremos que la timorata derecha nunca había sospechado.

Y entonces, una vez desarrollados tales principios, la derecha clama contra lo que absurdamente llama «marxismo cultural», que no es sino liberalismo consecuente. Pues el liberalismo, con su principio emancipador, crea el caldo de cultivo para todas las ingenierías sociales que convienen al progresismo para construir un ethos hegemónico... al que, rezagados, acaban sumándose los adalides de la derecha, aunque adopten siempre una versión atenuada o vergonzante.

Algunos de estos adalides no se suman del todo, sino que libran escaramuzas en determinados asuntos que exacerban los antagonismos sociales del modo más tremendista posible. Del mismo modo que, para favorecer su asalto al poder, la izquierda utiliza a los inmigrantes, a las feministas o a los ecologistas como «sujetos revolucionarios», los adalides de esta segunda versión de la «batalla cultural» utilizan al movimiento provida o a las clases medias depauperadas.

Pero esta modalidad de «batalla cultural», a la vez que utiliza a estos grupos sociales como arietes, encona y rearma a los detractores, generándose así una disociedad envenenada por un enjambre de odios. Esta disociedad polarizada, además, atemoriza a los tibios, que acaban sucumbiendo a los cantos de sirena del progresismo, que establece siempre dónde se halla la moderación.

Ambas modalidades de "batalla cultural» son completamente inanes, por mucho que revistan sus penosas luchas intestinas de un carácter cósmico. Para librar una auténtica «batalla cultural» al progresismo rampante no se puede acudir con premisas compartidas; pues así se fomenta un grotesco zurriburri ideológico que acaba siendo el fervento que favorece la hegemonía del progresismo. La única «batalla cultural» posible sólo se puede librar con premisas filosóficas, políticas y antropológicas adversas a las ideologías en liza; y tales premisas sólo las brinda el pensamiento tradicional.

* * *

Teoría del sombrero

Arturo Pérez-Reverte *(XLsemanal)*

Los rojos no usaban sombrero, afirmaba un anuncio –genial de puro eficaz– de la sombrerería madrileña Brave en la posguerra española. Y, bueno. Sin que sea esa la razón, hace quince años que uso sombrero a diario, tanto en invierno como en verano: fieltro con los fríos y panamá cuando llegan el sol y el calor. Aunque la costumbre viene de mis tiempos de reportero dicharachero, cuando solía cubrirme con sombreros de lona del ejército británico, raros entonces, pero que inspirarían los sombreros de caza y pesca hoy tan habituales. En realidad mi primer sombrero de verdad fue un Stetson

clásico que compré hace dos décadas en San Juan de Puerto Rico; y luego, poco a poco, fueron llegando otros. Considero que los sombreros son útiles por varias razones: hace tiempo que entré en la edad adecuada, me agrada su uso, abrigan en invierno y protegen del sol cuando a los setenta tacos, que acabo de cumplir, el pelo clarea y conviene andarse con ojo.

Ya escribí otras veces sobre eso. Los lectores lo recuerdan, y a veces me preguntan. Ahora, con la proximidad del invierno, algunos piden consejo sobre cómo utilizarlos o dónde comprarlos. No soy especialista en sombreros; pero, como digo, los uso a menudo. Así que hoy les cuento lo que sé de ellos. Y lo primero de todo, aparte su utilidad, es la necesidad de cubrirse con el modelo adecuado. En materia de sombreros, la línea que separa lo correcto de lo ridículo puede ser sutil. Uno debe buscar modelos que encajen con su aspecto físico y su forma de vestir. A alguien de baja estatura, un Fedora –fieltro, alas de más de seis centímetros de ancho– puede sentarle tan mal como a alguien rollizo un Porkpie –copa baja, ala muy corta vuelta hacia arriba, frecuente en músicos y gente del espectáculo–. Y no es lo mismo llevar un sombrero determinado cuando paseas por el campo que cuando vistes de ciudad (donde, a partir de cierta edad, la gorra de beisbol más elegante es la que no llevas puesta). Mis favoritos con lluvia o para viajes son los clásicos de gabardina, cada vez más difíciles de encontrar. Para el campo, blandos de tweed. En verano, los panamá Montecristi con ala de seis centímetros como máximo. Y en ciudad, el modelo Trilby, preferentemente Borsalino con copa alta y ala no mayor de cinco centímetros y medio –a las señoras esos sombreros masculinos les sientan muy bien, sobre todo con el pelo recogido en trenza o coleta–. Detalle importante: ningún sombrero de hombre debe verse nuevo, sino ligeramente usado (y atención a la talla, pues encogen un poco con el uso). En cuanto a calidad, mejor uno bueno que varios baratos. En Madrid recomiendo tres lugares: Casa Yustas, Medrano y La Favorita. En Barcelona, la tradicional tienda Mil. Y en clásicos extranjeros, las mejores que conozco son Bates o Lock en Londres, Simon en París –también Marie Mercier para las señoras–, Azevedo Rúa en Lisboa y la pequeña y bien surtida Luciana de Génova.

Dicho lo cual, vamos a lo importante. Mientras que una señora no ha de quitarse el sombrero casi nunca, los varones sí deben hacerlo. Eso es lo que marca la diferencia entre un usuario habitual y un aficionado o alguien con mala educación. En cuanto a lugares, hay una regla básica: quitárselo siempre bajo techo, sobre todo en iglesias y lugares o momentos de respeto, excepto en eventos deportivos, transportes, ascensores y edificios públicos como aeropuertos, estaciones de ferrocarril y grandes galerías comerciales. En cuanto al saludo a otras personas, la tradición exige quitárselo al saludar a una señora, a un amigo muy apreciado o a una persona mayor. Para pedir disculpas, agradecer algo o saludar al paso de un conocido, un ademán adecuado –que observé a menudo en mi padre y mi abuelo– puede ser tocarse con el pulgar y el índice el ala del sombrero.

Pero es al descubrirte cuando te juegas el prestigio de usuario. Quitarse un panamá de buena calidad, doblarlo y metérselo en un bolsillo, aparte de que es una gilipollez propia de esnobs y de pijos cantamañanas, acorta la vida del sombrero. Fieltro o panamá, el sombrero debe tenerse en las manos sostenido por un ala o dejarlo en el guardarropa, colgarlo en el lugar idóneo e incluso, si no hay otro sitio en un bar o restaurante (toque de estilo donde se la juega un profesional del asunto), ponerlo con toda naturalidad bajo la silla, vuelto hacia arriba con la copa apoyada en el suelo si está razonablemente limpio. En realidad, y esto también lo decía mi abuelo, que los usó toda su vida –mi padre sólo hasta principios de los años 70–, lo importante de un sombrero no es tanto llevarlo en la cabeza como saber cuándo quitártelo y qué hacer con él si te lo quitas. Un sombrero es todo un ritual. Casi una liturgia. Y de ahí su encanto.

* * *